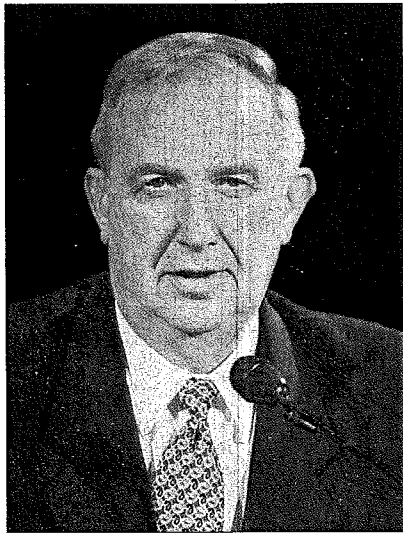


La confianza en el Señor

Élder Richard G. Scott
del Quórum de los Doce Apóstoles

Tenemos “la absoluta seguridad de que, cuando el Señor lo disponga, aparecerá la solución, la paz prevalecerá y el vacío se llenará”.



El no recibir la respuesta deseada a una oración ferviente y sincera es muy difícil, y más aún, si el Señor contesta *no* cuando hemos pedido algo que consideramos digno y que sabemos nos daría gran gozo y felicidad. Sea el alivio de una dolencia o de la soledad, la recuperación de un hijo extraviado, la entereza frente a un impedimento o el ruego de prolongar la vida de un ser querido que se nos va, parece tan razonable y de acuerdo con nuestra felicidad recibir una respuesta favorable. Es difícil entonces comprender por qué, habiendo sido siempre obedientes, el ejercer una fe sincera y profunda no nos trae el resultado deseado.

Nadie quiere pasar adversidades. Las pruebas, las desilusiones, la tristeza y el dolor surgen de dos orígenes que son fundamentalmente diferentes: los que quebrantan las leyes de Dios siempre las tendrán; la otra razón de la adversidad es

que se cumplan los propósitos del Señor de que seamos refinados por las pruebas. Para cada uno de nosotros es esencial reconocer de cuál de esos dos orígenes provienen nuestras tribulaciones y dificultades, puesto que la conducta a seguir para corregir la situación es muy diferente en ambos casos.

Si sufres por los descorazonadores efectos de la transgresión, te pido que reconozcas que la única senda hacia un alivio permanente de la tristeza es el arrepentimiento sincero, con el corazón quebrantado y el espíritu contrito. Date cuenta de que dependes totalmente del Señor y de la necesidad que tienes de examinar tu vida con Sus enseñanzas; no hay ningún otro modo de lograr una paz duradera. Posponer el arrepentimiento humilde sólo demorará o impedirá que recibas el alivio. Reconoce tus errores y busca ayuda ahora; el obispo es tu amigo y tiene la autoridad para ayudarte a hallar paz de conciencia y contentamiento. Así tendrás fortaleza para arrepentirte y recibir el perdón.

Ahora deseo dar unas ideas a los que enfrentan la adversidad del otro origen, el de las pruebas que nuestro sabio Padre Celestial considera necesarias aun para los que viven dignamente y obedecen Sus mandamientos.

En el preciso momento en que todo parece ideal, a veces surgen simultáneamente múltiples dificultades. Si esas pruebas no son resultado de tu desobediencia, son evidencia de que el Señor sabe que estás preparado para progresar más (véase

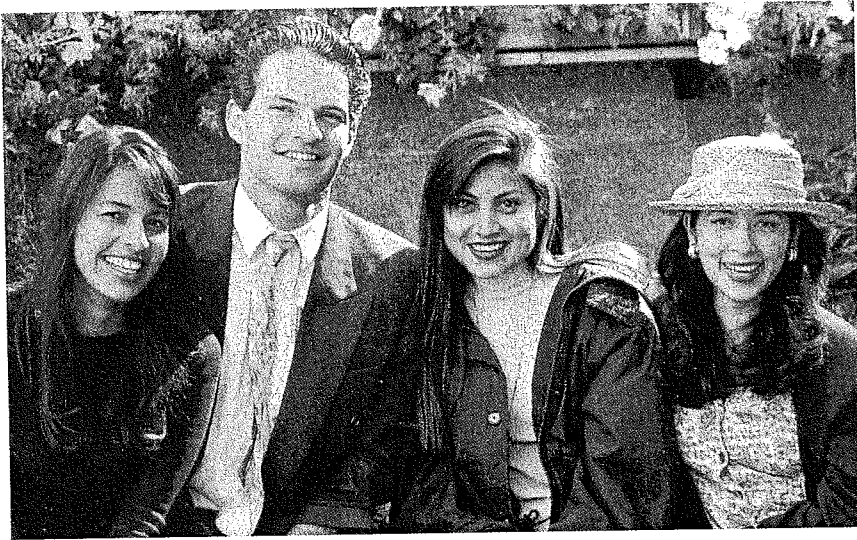
Proverbios 3:11–12). Entonces te da experiencias que estimulen tu progreso, tu comprensión y compasión y que te refinan para tu bienestar eterno. Llegar de donde estás adonde Él quiere que estés exige un penoso esfuerzo que generalmente va acompañado de pesar y dolor.

Cuando enfrentas la adversidad, quizás tengas la propensión a hacer muchas preguntas, algunas buenas, otras no. El preguntar “¿Por qué tiene que pasarme esto?, ¿Por qué tengo que sufrir?, ¿Qué hice para merecerlo?”, te llevará a callejones sin salida. No es bueno hacer preguntas que impliquen oposición a la voluntad de Dios. Es mejor preguntarse: “¿Qué debo hacer? ¿Qué aprenderé con esto? ¿Qué puedo cambiar? ¿A quién debo ayudar? ¿Estoy dispuesto a recordar mis muchas bendiciones en medio de la prueba?” La disposición a sacrificar los anhelos personales más profundos sometiéndose a la voluntad de Dios es muy difícil. Pero, el pedir con real convicción: “Dame a saber tu voluntad” y “Hágase tu voluntad”, es la mejor forma de recibir la máxima ayuda de tu amoroso Padre.

Esta vida es una experiencia de profunda confianza en Jesucristo, en Sus enseñanzas y en nuestra capacidad, guiados por el Santo Espíritu, de obedecer las que nos darán felicidad ahora y una existencia eterna significativa y de supremo gozo. Confiar quiere decir obedecer voluntariamente desde el principio sin saber el fin (véase Proverbios 3:5–7). Para producir fruto, tu confianza en el Señor debe ser más fuerte y duradera que la que tengas en tus propias ideas y experiencia.

Ejercer la fe es confiar en que el Señor sabe lo que hace contigo y que lo logrará por tu bien eterno aun cuando tú no entiendas cómo lo hará. Somos como infantes para comprender los asuntos eternos y el efecto que tienen en nosotros aquí, y sin embargo, a veces nos portamos como si lo supiéramos todo.

Cuando pasas una prueba para que se cumplan Sus propósitos, si confías en Él, si ejerces la fe en Él,



Él te ayudará. Lo hará paso a paso, poco a poco. La aflicción y el pesar continuarán al pasar cada fase de este proceso; si todo se resolviera después de la primera súplica, no progresarías. Tu Padre Celestial y su Amado Hijo te aman con amor perfecto, y no te exigirán pasar un solo momento más de dificultad que los indispensables para tu beneficio o el de tus seres queridos.

Como en todo lo demás, el Maestro es nuestro ejemplo perfecto de esto también. Nadie habría podido pedir con fe más perfecta, con mayor obediencia ni con una comprensión más completa que Él cuando le dijo a Su Padre en Getsemaní: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú" (Mateo 26:39). Más tarde, oró dos veces más: "Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad" (Mateo 26:42, 44).

Cuán agradecido estoy de que el Salvador haya enseñado que debemos terminar las oraciones más fervientes, aquellas en las que pedimos lo que es de máxima importancia para nosotros, con las palabras: "Hágase tu voluntad" (Mateo 26:42).

Tu disposición a aceptar la voluntad del Padre no cambiará lo que en Su sabiduría Él haya decidido hacer, pero cambiará el efecto que esa decisión tenga en ti. La evidencia del uso apropiado del albedrío hará que Sus decisiones te brinden bendiciones

mucho mayores. He aprendido que, por el deseo del Padre de vernos progresar, nos dará impresiones suaves, casi imperceptibles, que después ampliará, si aceptamos la prueba sin quejas, para que nos iluminen dándonos una indicación muy clara de Su voluntad. Esa luz es el resultado de nuestra fe y disposición a hacer lo que Él nos pida aun cuando nosotros desearíamos otra cosa.

Nuestro Padre Celestial te ha invitado a expresarle tus carencias, esperanzas y deseos; pero no debes hacerlo con la idea de negociar sino con la determinación de obedecer Su voluntad, te lleve adonde te lleve. Sus palabras: "Pedid, y recibiréis" (3 Nefi 27:29), no te aseguran que recibirás *lo que quieras*; pero te garantizan que, si eres digno, recibirás *lo que necesites* de acuerdo con el juicio de un Padre que te ama con amor perfecto y desea tu felicidad eterna aún más que tú.

Testifico que cuando el Señor cierra una puerta muy importante, demuestra Su amor y compasión abriendo, mediante el ejercicio de nuestra fe, muchas otras que nos compensen. Él coloca a tu paso haces de luz espiritual que iluminan tu camino y que surgen muchas veces después de las pruebas más grandes como demostración de la compasión y el amor de un Padre que todo lo sabe; además, te indican la senda hacia una felicidad y comprensión mayores, fortaleciendo tu

determinación de aceptar Su voluntad y obedecerla.

La fe en el Salvador y el testimonio de Sus enseñanzas son una bendición maravillosa. Muy pocos tienen esa brillante luz que los guíe. La plenitud del evangelio restaurado nos da perspectiva, propósito y comprensión, y nos permite enfrentar lo que de otro modo parecerían dificultades injustas y sin razón. Aprende esas provechosas verdades meditando sobre el Libro de Mormón y las otras Escrituras; trata de entender esas enseñanzas no sólo con la mente sino también con el corazón.

La felicidad real y duradera, acompañada de la fortaleza, el valor y la capacidad de sobreponerse a las peores dificultades, se obtiene concentrando la vida en Jesucristo. La obediencia a Sus enseñanzas provee una base segura sobre la cual edificar. Pero exige esfuerzo, y no hay garantía de resultados inmediatos sino la absoluta seguridad de que, cuando el Señor lo disponga, aparecerá la solución, la paz prevalecerá y el vacío se llenará.

Hace poco, un gran líder que sufría los impedimentos físicos propios de una edad avanzada, dijo: "Me alegro de tener lo que tengo". Es sabio abrir las ventanas a la felicidad reconociendo nuestras abundantes bendiciones.

No dejes que los pesares de la adversidad absorban tu vida por completo. Trata de entender lo que sea posible; haz lo que puedas y deja el asunto en manos del Señor por un tiempo, mientras te dedicas a dar de ti a los demás hasta que llegue el momento de ocuparte de lo tuyo otra vez.

Entiende que al mismo tiempo que enfrentas un problema que te causa tristeza puedes sentir también paz y regocijo. Sí, el dolor, la desilusión, la frustración y la angustia son actos pasajeros en el escenario de la vida; detrás de ellos puede encontrarse un fondo de paz y la seguridad de que el Padre amoroso cumplirá Sus promesas. La determinación de aceptar Su voluntad, la comprensión del plan de

la felicidad, el recibir todas las ordenanzas y guardar los convenios que aseguran su cumplimiento te harán digno de esas promesas.

El plan del Señor es exaltarte para que vivas con Él y recibas grandes bendiciones. Tu capacidad de madurar, de progresar, de amar y de dar de ti determinarán el tiempo que te lleve ser digno de ello. Él te está preparando para ser un dios y, aunque no entiendas por completo lo que eso significa, Él lo sabe. Al confiar en Él, conocer y seguir Su voluntad, recibirás bendiciones que tu mente limitada no puede comprender acá en la tierra. Tu Padre Celestial y Su Santo Hijo saben mejor que tú lo que trae felicidad. Ellos te han dado el plan de la felicidad y, al comprenderlo y seguirlo, tendrás la bendición de ser feliz. Si obedeces de buena gana, recibes y honras las ordenanzas y los convenios de ese santo plan, tendrás la satisfacción más grande de esta vida; sí, incluso momentos de maravillosa felicidad. Y te prepararás para una gloriosa eternidad con tus seres queridos que sean dignos de ese reino.

Sé que estos principios de los que te he hablado son verdaderos y los he probado en el crisol de la experiencia propia. El reconocer la mano del Señor en tu vida y aceptar Su voluntad sin quejas es el comienzo, y esa decisión no eliminará las luchas que tendrás para tu progreso, pero te aseguro que es la mejor manera que existe de desarrollar fortaleza y comprensión; te librará de los callejones sin salida a los que te conduzcan tus propios pensamientos y hará que tu vida sea una experiencia fructífera y significativa, mientras que de otro modo quizás no supieras cómo seguir adelante (véase D. y C. 24:8).

Testifico que tienes un Padre Celestial que te ama y que el Salvador dio Su vida por tu felicidad. Yo lo conozco. Él comprende todas tus necesidades. Sé sin dudas que si aceptas la voluntad de Ellos sin quejas, te bendecirán y te sostendrán. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

La luminosa mañana del perdón

Presidente Boyd K. Packer

Presidente en Funciones del Quórum de los Doce Apóstoles

“Con excepción de unos pocos que han optado por seguir la vía de la perdición, no existen el hábito, la adicción, la rebelión, la transgresión, la apostasía ni el crimen en los cuales no pueda cumplirse la promesa de un perdón completo.”



En abril de 1847, Brigham Young guió a la primera compañía de pioneros que partió de Winter Quarters. Al mismo tiempo, dos mil seiscientos kilómetros hacia el oeste, los patéticos sobrevivientes del grupo de Donner bajaban desorganizados por las laderas de las montañas de la Sierra Nevada hacia el valle de Sacramento.

Habían pasado el crudo invierno atrapados en los ventisqueros, justo debajo de la cima. Es casi imposible creer que alguien haya podido sobrevivir los días, las semanas y los meses que pasaron expuestos al hambre y a un sufrimiento indescriptible.

Entre ellos se encontraba John Breen, de quince años de edad, que

en la noche del 24 de abril llegó a la hacienda de los Johnson; años más tarde, él mismo escribió:

“Hacía mucho que había anochecido cuando llegamos a la hacienda de Johnson, por eso, la primera vez que realmente la vi fue a horas tempranas de la mañana. El tiempo estaba bueno, el suelo cubierto de verde hierba, los pájaros cantaban en las ramas de los árboles y nuestra jornada había llegado a su fin. Me parecía mentira estar todavía con vida.

“La escena que se me presentó ante los ojos esa mañana permanece grabada en mi mente. Me he olvidado de la mayoría de las cosas que sucedieron, pero aquel campamento junto a la hacienda de Johnson jamás se borrará de mi memoria. (John Breen, “Pioneer Memoirs”, inédito, citado en “The Americanization of Utah”, programa de televisión de PBS.)

Al principio me sentí sumamente desconcertado por su declaración de haber “olvidado la mayoría de las cosas que sucedieron”. ¿Cómo podía haber olvidado los largos meses de intenso sufrimiento? ¿Cómo era posible que una mañana luminosa reemplazara en su memoria aquel brutal y tenebroso invierno?

Sin embargo, luego de reflexionar más detenidamente, me di cuenta de que no tenía por qué asombrarme esa reacción, puesto que he observado